

JONATHAN
KEMP

Efecto fantasma

Ghosting

boóveda

Título original: *Ghosting*

First published in 2015 by Myriad Editions. United Kingdom.

Primera edición: 2016

© Jonathan Kemp, 2015

© traducción: Lorenzo Luengo, 2016

© de esta edición: Bóveda, 2016

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-16691-26-5

Depósito legal: SE. 1315-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

DÍA UNO.....	13
DÍA DOS	37
DÍA TRES.....	65
DÍA CUATRO	91
DÍA CINCO	115
DÍA SEIS	143
DÍA SIETE	167
DÍA OCHO	201
NOTA DEL AUTOR.....	239
AGRADECIMIENTOS	241

A mis padres

Cada instante que atravesamos está compuesto por vestigios de pasado, de presente y de futuro: tres tiempos dispares que reclaman su propia atención, que conviven en su desunión. A lo largo del tiempo nos vemos arrastrados por tales fuerzas, de la misma forma en que un paisaje se ve esculpido por los elementos. Una sacudida repentina puede hacer que tropecemos, como Alicia, para caer en un universo distinto, pues a veces nos encontramos mucho más cerca de lo que creemos de mundos diferentes al nuestro. Los llevamos dentro de nosotros, constantemente.

DÍA UNO

ES POCO MÁS TARDE DE LAS NUEVE DE LA MAÑANA de una espléndida mañana de julio cuando ve por primera vez a su difunto marido.

Acaba de salir de un kiosco de prensa de Warwick Avenue y allí lo ve, caminando hacia ella entre los dispersos paseantes de la mañana, como una figura surgida de una pesadilla con el atuendo de un ángel. Hermoso como el sol, y de hombros tan anchos como la luz del día.

Lo primero que piensa es: «Se te está yendo otra vez, Grace».

Sombría, inquieta, enfila sus pasos hacia la iglesia del Salvador, para sentarse entre los muertos sin voz y encender un trémulo cigarrillo. Con la primera bocanada, que le endulza cuanto dan de sí sus pulmones, deja escapar las lágrimas. Siente que... bueno, en honor a la verdad, siente que acaba de ver un fantasma. Y por su aspecto, se diría que ciertamente acaba de verlo. El rostro pálido, la mirada vacua como la de una gaviota, los labios

ligeramente entreabiertos. Todo ruido que surge a su alrededor parece sordo y ralentizado, como si se encontrase bajo el agua.

Un hombre pasa a su lado flanqueado por dos enormes *huskies*, uno de los cuales se aparta del camino para sentarse junto a ella, como si percibiese su dolor y tratase de aliviarlo con su compañía. El hombre lo llama: «¡Ludwig!», pero el perro no se mueve hasta que el tipo se adelanta y tira de la correa. Observa un instante a Grace y asiente con la cabeza y dice: «Buenos días», antes de apartar al perro de un nuevo tirón. Nada más acabar su cigarrillo, Grace enciende otro, transfigurada por un miedo que la hace sentir extrañamente viva.

Por fin se incorpora del banco en el que está sentada y abandona el cementerio; comienza a enfilarse sus pasos de regreso al barco, aún vacilante y sin saber qué pensar. No se había acordado de Pete en años, por más que él la visitase todavía en sus sueños, que dejaban a una Grace excitada e inquieta para el resto del día. Aquel período de su vida ya es historia.

Cuando llega de nuevo a la barcaza, Gordon sigue fuera, de modo que se acomoda en cubierta y deja volar sus pensamientos. Mientras contempla aquel cielo sin nubes como si en él pudiera hallarse alguna respuesta, Grace observa un avión que, lentamente, descorre la cremallera del cielo con el deseo de estar en él, de ir a alguna parte, donde sea; cualquier lugar mejor que allí donde se encuentra.

Había sido idea de Gordon venderlo todo y comprar el barco cuando se jubilasen. Tras varios años pasan-

do sus vacaciones a bordo de diversas barcazas, los dos sabían que se trataba de una manera de vivir la vida que disfrutaban enormemente, y a Grace le encantaba especialmente aquel deambular sin rumbo fijo, para echar anclas en el primer lugar que se les ocurriese, sin otra razón que la que dictase el capricho. Después de un año viajando habían decidido adquirir un amarradero fijo en Little Venice, y la verdad es que no pasó mucho tiempo hasta que su antigua vida, sus viejas amistades de Manchester, comenzaron a perderse lentamente. Ahora, no sin dolor, siente Grace las estrecheces de su vida, su terrible angostura. No hay nadie a quien recurrir. El miedo la aprieta con mano firme: el miedo a verse empujada a volver allí, a pasar el tiempo tumbada y con la mirada fija en las arrogantes paredes del hospital.

No puede apartar de su mente la imagen de Pete. Los recuerdos caen a sus pies como fruta madura.

NI SIQUIERA ERA ÉL QUIEN LE GUSTABA POR AQUEL ENTONCES. Era su amigo Mike en quien primero se fijó. Él, quien hizo espolear su corazón.

Se conocieron en la arenosa playa de Blackpool. Y de hecho sólo esas palabras le hacían sentir el deseo de estar allí. Incluso dejaban un agradable regusto en la lengua cuando las pronunciaba: un suave dulzor, como el que deja una barrita de caramelo. Grace y su mejor amiga, Ruth, habían decidido viajar desde Manchester para pasar un día allí, cierto sábado a finales de mayo de 1958. Aquél era el primer día de sol y mínimamente caluroso en

todo el año, y para ambas acababan de comenzar por fin las vacaciones: se sentían colmadas de esa sensación de invencibilidad que sólo otorga la juventud, y querían pensar que lo sabían todo, y las agitaba el vértigo de aquella nueva libertad de la que disfrutaban. Asustadas del mundo, sí, pero también fascinadas por él en idéntica medida. Los chicos formaban parte de esa fascinación y de ese miedo. Y a veces no era fácil encontrar la diferencia.

Acababan de llegar al recinto ferial y barajaban a qué atracción subir cuando Grace los vio: dos muchachos vestidos con el uniforme azul marino del ejército de Aviación, uno con un tupé negro brillando al sol (como Elvis, pensó ella, derritiéndose por dentro). Él las vio casi al mismo tiempo y Grace observó cómo propinaba un codazo a su amigo y le decía algo al oído. Los jóvenes se acercaron a ellas para conocerlas. «Elvis» se llamaba en realidad Mike, y su amigo, el del tupé rubio oscuro, se llamaba Pete.

—¿Sois de por aquí? —quiso saber Pete.

—Somos de Manchester. Hemos venido a pasar el día. Pero hemos venido ya montones de veces. ¿Y vosotros?

—Estamos en la base de Weeton. También hemos venido a pasar el día. ¿Os apetece que demos un paseo juntos?

—Claro.

Pete llevaba el peso de la charla, y no dejaba de soltar bromas y hacer preguntas: centrando toda su atención en Grace, que a su vez hacía lo posible por llamar la de Mike, aunque éste parecía satisfecho con dejar que Pete

hablase y hablase. Ruth se limitaba a estar allí, y apenas pronunciaba palabra. Siempre era así con los chicos, lo que irritaba terriblemente a Grace, pues siempre recaía sobre ella la responsabilidad de animar la conversación. En tanto se aproximaban al Túnel del Amor, Grace preguntó a Mike de dónde era, pero antes de que pudiera responder Pete dijo: «Venga, subamos», al tiempo que la arrastraba a uno de los botes. Grace sintió que el corazón se le encogía en el pecho. Miró por encima del hombro cómo Mike y Ruth se dirigían al barquito que tenían detrás. Luego miró a Pete y dijo para sí: «Bueno, tampoco es que sea feo, Grace, no te comportes como una idiota». Además, Mike se había mostrado tan taciturno que por lo menos pensaba que con este otro se lo pasaría bien, en vez de aburrirse como tantas otras veces le había ocurrido.

Y entonces, en aquella oscuridad helada, entre retazos de luz, se besaron. No era la primera vez para Grace, pero nunca antes se había sentido tan excitada. Parecía que aquellos labios estaban hechos para los suyos, y tanto era así que cuando por fin abandonaron el túnel ya estaba perdidamente enamorada.

Mientras salían por las puertas de madera y regresaban a la luz del sol, y tuvieron que dar por concluidos los besos, Pete le preguntó:

—¿Dónde aprendiste a besar así?

—Te iba a preguntar lo mismo —respondió Grace, sintiendo una andanada de rubor en sus mejillas al tiempo que una sonrisita malévola planeaba atentamente sobre su rostro. Pete rio, y ella rio también, y ambos estalla-

ron en una carcajada que se prolongó hasta que les dolió el estómago.

—Me parece que vas a tener que ponerte otra vez el pintalabios, cariño —dijo Pete, pasándole una mano por sus cabellos.

Grace tomó un pañuelo de su bolso y le pasó la lengua antes de quitarse las marcas de pintalabios que tenía alrededor de la boca. Tendiéndoselo acto seguido a Pete, dijo:

—Será mejor que te limpies un poco la boca también tú. Pareces un payaso.

Tras abrir su espejito de mano, se volvió a aplicar el pintalabios rojo.

Al abandonar el barco, Grace se preguntó si Ruth y Mike se habrían besado, antes de pensar, con una veleidad que hasta a ella misma le sorprendió, que lo cierto es que ni siquiera le importaba. A juzgar por la expresión de Ruth —saltaba a la vista que no había tenido que aplicarse rápidamente su pintalabios—, había habido cualquier cosa excepto un beso. De hecho, hasta parecía aburrida. Pete encendió un par de cigarrillos y le ofreció uno a Grace. Sugirió montar después en la noria, donde volvieron a besarse un poco más. Cada atracción era una oportunidad para besarse. Tras unas cuantas más, se marcharon a dar un paseo a la orilla del mar. Hacía calor, el sol resplandecía en lo alto y el lugar hervía de gente, pero, como en la canción, todo el mundo desapareció de su vista. Pete le contó a Grace que era el hijo de un adinerado granjero y ella se apresuró a referirle entonces las visitas que hacía a la granja de su tío en Fleetwood junto a su prima Pauline.

Le encantaban los pollitos recién nacidos, aquel rebujo de plumas amarillas que te cabía en el cuenco de la mano.

Pete rio y dijo:

—Estaba de broma. No es granjero; es oficial de la Marina.

Y entonces Grace se preguntó por qué había mentido, qué necesidad tenía de mentir, pero apartó aquel pensamiento de su cabeza y dijo:

—Mi padre estuvo en la Marina durante la guerra; es bombero.

—Pues yo me alisté en la Aviación porque era eso o la cárcel.

—¿La cárcel?

—Nos pillaron a unos amigos y a mí tratando de volar una dispensadora de caramelos que había junto a un local de vinos.

—¿Pero por qué queríais volarla?

—Y yo qué sé... por pasarlo bien, supongo. Y además porque pensábamos que dentro habría un buen montón de dinero.

—¡Qué panda de imbéciles!

—¡Y que lo digas!

Todo era tan fácil... Grace no sentía la menor preocupación por sentirse más guapa, más divertida... O por parecer demasiado divertida. Tampoco le preocupaba hablar mucho o poco. Con otros chicos siempre se había sentido un tanto estúpida, pero eso no le sucedía con Pete. Hablaban de todo y nada, pero sobre todo reían.

Pete dijo:

—Me concibieron en tiempos de paz y nací durante la guerra, el mismo día en que fue declarada.

Grace respondió:

—¿Es esa tu excusa?

A última hora de la tarde se dejaron caer en un *pub* que había frente a la playa, y, mientras Mike y Pete se acercaban a la barra para pedir unas bebidas, Grace y Ruth acudían al cuarto de baño.

—Bueno, ¿y qué tal te está yendo con ese chico? —preguntó Grace, comprobando su maquillaje en el espejo.

—No es que hable mucho —replicó Ruth—. ¿Y no has visto qué calcetines tan chillones lleva puestos? Son de lo más ordinarios... ¡Si mi madre y mi padre los vieran les daría un ataque!

Los padres de Ruth tenían su propia casa, y se comportaban —en palabras del padre de Grace— como si su mierda no oliese.

—¿Y qué importa lo que piensen? —dijo Grace—. Si a ti te gusta...

Ruth lanzó una carcajada y respondió:

—Me encantaría ser tan descarada como tú.

—Bueno, me lo estoy pasando en grande.

—Ya me he dado cuenta. Mike ni siquiera ha intentado besarme aún.

Se obligó a componer una forzada sonrisa y alisó su falda con las palmas de las manos.

—No tengo suficiente. Imposible —dijo Grace, intentando que aquello no sonase a jactancia.

De regreso junto a los chicos, Grace explicó que tenían que coger pronto el tren. Dieron un último paseo



por la playa, que ya empezaba a quedar desierta, y se entregaron a un último beso tras un pequeño habitáculo. Una repentina corriente de aire fresco en su espalda hizo comprender a Grace que Pete acababa de bajarle la cremallera de su vestido, y entonces dijo: «¡Ya puedes subirla tan rápidamente como la has bajado!». El sol empezaba a ponerse y no tardaron en darse cuenta de que habían perdido a la otra pareja. Se suponía que Grace debía estar en casa a las diez, y ya eran casi las nueve. Corrieron hasta la estación de tren, pero allí no había ni el menor indicio de la presencia de Ruth, de modo que Grace cogió el siguiente tren que marchaba en dirección a Manchester. Pete le pidió su dirección y prometió que le escribiría.

Grace llegó a casa a las diez y media, y su airado padre le propinó un buen cachete en la cabeza.

—Bien, que sepas que no volverás a saber de él —dijo éste, cuando Grace le habló de Pete—. A esos chicos de Aviación sólo les importa lo que pueden coger de inmediato.

—No hagas ni caso, Grace —le dijo su madre.

Y, ciertamente, su padre estaba equivocado. Pete escribió, preguntándole si querría verle en Manchester el fin de semana siguiente.

DEL BARCO VECINO EMERGE UNA MUJER, VESTIDA CON UN chándal de fieltro y un par de zapatillas de deporte blancas: su cabello es níveo y se ve que ha pasado por una permanente reciente. Se trata de Pam... o Spam, como Gordon se ha acostumbrado a llamarla en virtud de su tez rojiza.